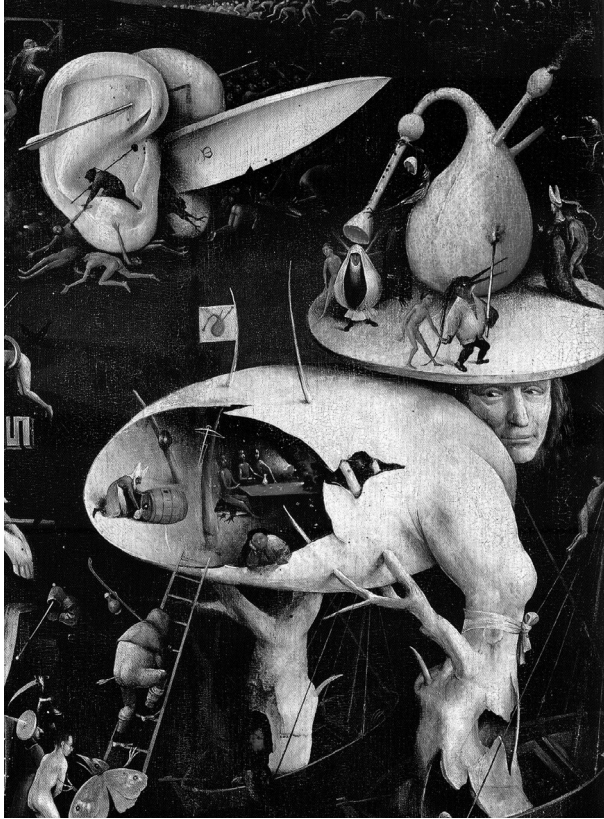


Entre voces

Fernando Colina



El Bosco,
El jardín de las delicias, 1480-1490.

Las voces de la Antigüedad, por lo tanto, eran voces reveladoras que surgían repentinas y raramente repetían después de su primera y única manifestación.

Oír voces es un suceso curioso y bastante sorprendente. No está al alcance de todos. El fenómeno está registrado en distintas fuentes históricas desde los comienzos de nuestra cultura. Son muchas las figuras de sabios, visionarios o santones que han dado testimonio particular de su escucha a lo largo de los siglos, y así figuran en los libros sagrados o en los textos filosóficos. Sin embargo, en la Antigüedad las voces eran morales o celestiales, y sus contenidos eran proféticos o correctores de la conducta. Los afectados eran sabios o grandes hombres de la política, la religión o la cultura. En cambio, desde la modernidad, las voces afectan a los esquizofrénicos y, al menos inicialmente, en el debut de la locura, son in-

efables, de difícil descripción y las más de las veces de connotación imprecatoria. Más tarde, según avance la psicosis y se deje atrás el momento desencadenante, formarán parte de un delirio y ganarán sentido y espesor narrativo. Las voces de la Antigüedad, por lo tanto, eran voces reveladoras que surgían repentinas y raramente repetían después de su primera y única manifestación, salvo en las circunstancias más apremiantes de la vida. Las modernas, es decir, las psicóticas, son reiterativas e invasoras y al afectado por ellas le cuesta mucho distanciarse de su presencia.

No sabemos los motivos últimos de esta mutación. En el espacio temporal de unos siglos, un hecho que afectaba

ocasionalmente a algunos personajes relevantes de la historia, aunque no sabemos bien si lo hacía en exclusiva, dado que del resto de las clases sociales carecemos de información, se ha convertido en un suceso inquietante que amenaza y angustia a un número creciente de personas. Sospechamos que algo ha sucedido en el lenguaje o en el interior de la conciencia, algo marcado por la historia y la evolución de las costumbres y la subjetividad, para que estos cambios acaben sustanciados en la experiencia, y de reflejar un hecho moral lleguen a expresar un acontecimiento psicótico. De servir de orientación, revelación o guía han pasado a convertirse en una amenaza angustiante que atormenta a quien las sufre.

La voz inicialmente no dice nada, emite ruidos, sonoriza la materia. Luego, de súbito o poco a poco, transforma este rumor de la cosa, esto es, del núcleo mudo de los objetos, en lengua. Al principio, estas primeras palabras son incomprensibles, extrañas, inefables, hasta que el psicótico las rellena. Probablemente las voces siguen sin decir nada después, pero es el psicótico el que las completa y humaniza, quien aprende de esos vacíos y las interpreta. No son por lo tanto voces de la comunicación sino de la interpretación. Éste carácter interpretativo lo comparten con las voces de la Antigüedad, pero solo se asemejan en ese rasgo común, pues por lo demás son muy diferentes. El *demón* de Sócrates era un genio tutelar cuya voz interior le disuadía o reprobaba, nunca le imponía. Era una suerte de genio moral que tenía sus indudables semejanzas con las insinuaciones tentadoras del demonio cristia-

no posterior, pero no coincidía con ellas ni con las amenazas posteriores, ya de carácter secular, que padece el psicótico. En el caso del diablo estamos ante un ser maligno y destructivo, no disuasorio sino embaucador, cuyas sugerencias pecaminosas nunca hay que seguir sino combatir con la conciencia moral y el apoyo de los ángeles custodios. Mientras que el Satanás moderno, esto es, el que podríamos calificar como diablo psicótico, se hace oír desde lo más ambiguo de la realidad y de la lengua. Solo se manifiesta por su efecto persecutorio y referencial pero carece de identidad. Las voces psicóticas son muy difíciles de identificar y de asignar un protagonista. Se necesita mucho esfuerzo delirante para tener éxito en la tarea.

Las voces conciertan todas las cosas, evitan la casualidad. Su testimonio es tan cierto, a ojos de quien las padece, que suscitan un orden determinista de la realidad. Pero no al modo del determinismo filosófico, representado por el filósofo que se inclina por creer en la fatalidad obligatoria de las cosas, pues éste no lo hace bajo un determinismo perjudicial, acusatorio, denigrante e incriminador. A lo sumo, el filósofo se siente maniatado por el destino y la falta de libertad. Las voces, en cambio, nacen coloreadas bajo los tonos del reproche y la imposición, y con esa tonalidad tiñen y constriñen la realidad. Más adelante, si el psicótico es *hábil*, consigue atenuarlas en forma de diálogo, de tal manera que en el seno de un extraño coloquio consigue cierta compañía imaginaria que atempera el sentimiento de soledad y proporciona el reconocimiento y la presencia fantaseada de

La voz inicialmente no dice nada, emite ruidos, sonoriza la materia. Luego, de súbito o poco a poco, transforma este rumor de la cosa, esto es, del núcleo mudo de los objetos, en lengua.

El *demón* de Sócrates era un genio tutelar cuya voz interior le disuadía o reprobaba, nunca le imponía.

Si el psicótico es *hábil*, consigue atenuarlas en forma de diálogo, de tal manera que en el seno de un extraño coloquio consigue cierta compañía imaginaria que atempera el sentimiento de soledad y proporciona el reconocimiento y la presencia fantaseada de un interlocutor.

un interlocutor. No obstante, al igual que el filósofo determinista se las ve y se las desea para explicar cierto margen de libertad que acompañe a las decisiones que llamamos *voluntarias*, el psicótico se afana a contracorriente por encontrar en el interior de las voces cierta compañía que, aunque comparezca bajo la forma de la inquina y la maldad, permita que sus decisiones se modulen algo bajo su propia decisión, bajo las alas del capricho y el azar.

Hay una fuerza de omnipotencia y potestad que anima siempre a las voces psicóticas. Es difícil que su sentido se detenga en los límites de la humildad y la sencillez. En cuanto la imprecación y el diálogo cogen soltura y consistencia, van ganando importancia y relieve en la imaginación del alucinado. Todo delirio de persecución concluye en otro de omnipotencia, afirmaban los psicopatólogos antiguos siguiendo el llamado silogismo de Foville, y lo mismo sucede con las voces como tales, que enseguida se revisten de orgullo y de una innegable satisfacción de poder para quien las experimenta. No por algo uno escucha lo que escucha, viene a pensar el psicótico. Algo tengo de mérito si he sido elegido como destinatario, se dice en su fuero interno. De este modo se siente objeto de cierta elección por parte de ese ente poderoso que se insinúa siempre en la experiencia psicótica. Al fin y al cabo, la locura puede ser muy reservada pero nunca es modesta.

Las voces siempre se dirigen a quien las escucha y a ningún otro. Los demás, a juicio del esquizofrénico, podrán oírlas o no pero son meros espectadores del papel asignado al impar protagonista.

La extremada soledad psicótica, realmente sepulcral, tiene estas características, que, cuando se traspasa cierto umbral y se vuelve insoportable, reacciona oyendo lo que nadie pronuncia y refiriéndose a sí mismo cuanto es capaz de representar. No conoce otro modo de combatir tamaño silencio y semejante soledad. La única distinción que le cabe al psicótico, su único premio en la vida, el mejor y particular reconocimiento, es sentirse único y excepcional a la hora de recibir esos mensajes tan directos que solo él escucha. El valor de centralidad es imprescindible, para quien se derrama en el éter impersonal, si no se concentra en un punto concreto. Mirarse el ombligo de la voz es la única solución que encuentra el psicótico para no dispersarse anónimamente en la realidad. Las voces, en ese sentido, son obligatoriamente palabras verdaderas, carecen de otra posibilidad. Por ello la locura ejerce de imperativo de las verdades y de prueba experimental de que todo lo que llamamos verdadero se vive a la postre en el seno de la falsedad, de la delusión, del delirio.

Nada confirma tanto la certeza delirante como el asentimiento que prestan las voces. Los comentarios y las ideas que enuncian son voces de la verdad. No solo son voces verdaderas a juicio del psicótico sino fórmulas exactas del pensamiento. Nada de cuanto sucede de importante en su vida goza de la atmósfera benévola de lo dudoso, sino que disfruta de la esclavitud de lo cierto. Nadie está tan prisionero de la verdad como el esquizofrénico. Las voces son las pruebas irrefutables. No es la duda sino la certeza lo que vuelve locos a los hombres. Así se expresó Nietzsche, la

voz más psicótica que ha proporcionado la filosofía. A él le debemos la lección de aprender a pensar como lo hacen los locos.

A veces las voces tardan en llegar. El otro no concurre y el lenguaje destruido y dispuesto para el delirio tiene que entretenerse consigo mismo. Es el momento del enunciado del pensamiento, del eco y de las ficticias conversaciones con uno mismo. Todo suena a doble bajo los efectos de la división y el desdoblamiento, a la espera de que alguien se decida en su interior a tomar la palabra y a perjudicarlo de una vez por todas. No hay otra solución para el psicótico, salvo que se contente con que se oigan sus pensamientos o se comente su comportamiento, lo que le sabe a poco y tiende a angustiarse en exceso. Prefiere el diálogo directo, por lo que poco a poco se pone a la tarea de encontrar un Otro con quien compartir la soledad y evitar en lo posible la resonancia que adquieren las palabras cuando no pueden emitirse al exterior. Si el lenguaje no puede dirigirse a nadie, las palabras resuenan en el interior, donde retumban y reverberan hasta que se transforman en voces dialogadas.

La lengua es lo que nos ata a la realidad, el vínculo más estrecho que poseemos con el mundo. Así que desde que las palabras se han separado de las cosas, como característica según Foucault de la modernidad, no es de extrañar que vaguen libremente por la conciencia de algunos individuos sin saber qué hacer, y que emitan sonidos que no responden a ningún suceso conocido ni tengan interlocutor real. A este suceso

se le ha llamado automatismo mental y algunos le han puesto fecha para subrayar su historicidad. Lo han colocado con decisión en el tiempo histórico, entendiendo que una relación nueva del lenguaje con aquello que denota es lo que podemos admitir como principal causa de la esquizofrenia. El automatismo mental, es decir, las voces, los ruidos, el raspado de las palabras en el cerebro, son hijos de la modernidad. La hipótesis es bastante osada, e indemostrable, pero nos ayuda a dar la espalda al colonialismo positivista, pues la historia es el mejor antídoto para curarnos de las exageraciones de la ciencia. Nunca está de más echar un cable a quien quiere devolver las cosas a su complejidad natural, así que podemos defender alegremente que la esquizofrenia es una enfermedad histórica vinculada a los últimos siglos y que las voces psicóticas no eran conocidas en la Antigüedad.

Las voces que llamamos internas en realidad proceden del exterior. Ésta es la gran contradicción del psicótico, que cultiva dentro de sí todo lo que le imponen desde fuera. No hay límite espacial en su cabeza. Los bordes de la realidad se confunden e intercambian de continuo en su representación. Le implantan, por ejemplo, un aparato en la cabeza para espiar y explotar su intimidad a distancia, de forma que lo próximo y lo lejano acaban coincidiendo. El parloteo de las voces, que sufre o alienta, también habla a favor de este intercambio continuo: se habla interiormente con quien se aloja imaginariamente en el exterior. Por tratarse de un suceso íntimo, el psicótico es un loco moderno, y por habitar lo externo participa también de la representación antigua de la locu-

No es la duda sino la certeza lo que vuelve locos a los hombres. Así se expresó Nietzsche, la voz más psicótica que ha proporcionado la filosofía.

El automatismo mental, es decir, las voces, los ruidos, el raspado de las palabras en el cerebro, son hijos de la modernidad.

La esquizofrenia es una enfermedad histórica vinculada a los últimos siglos y que las voces psicóticas no eran conocidas en la Antigüedad.

Las voces, como las representaciones inconscientes de Freud, se sitúan fuera del tiempo diacrónico y del espacio tridimensional.

ra, cuando al loco se le obligaba a vagabundear por fuera de las murallas de la ciudad. Lo propio de las psicosis es disolver las categorías espaciales y temporales. El pasado, presente y futuro se funden en el instante, mientras que lo externo e interno se confunden en una banda de Moebius indecisa. Todo loco moderno es a la vez un loco muy antiguo, al igual que todo lo que sucede en el presente es para él inseparable de lo sucedido en el pasado y de lo que ha de repetir en el futuro. La psicosis es el engranaje absoluto y algo absurdo de lo heterogéneo. Las voces, como las representaciones inconscientes de Freud, se sitúan fuera del tiempo diacrónico y del espacio tridimensional. Por ello se ha reclamado tan a menudo de la topología y de una *repetición* que trasciende la temporalidad para tratar de entender las psicosis.

Las voces suelen ser ilustradoras y amigas de enseñar. Ayudan con sus ocurrencias a delirar.

Nada es más íntimo para el psicótico que ese sutil venablo verbal que le atormenta. Su vida más profunda y secreta gira alrededor de esta curiosa experiencia llena de voces extrañas y ajenas. El hombre moderno precisa retiro y singularidad, espacio íntimo e individualidad, así que el psicótico, que es la víctima por excelencia de este modernismo, pues todo se transparenta en su interior como si fuera en dirección contraria a la historia, tiene que echar mano de todos sus recursos para poner a salvo su espacio secreto. Curiosamente, las voces, que parecen destinadas como todas las palabras a salir por la puerta a la búsqueda urgente de los demás, se convierten en el cerrojo que atranca las ventanas del edificio y cierra todas sus puertas. Ya que no puede entrar nadie en su vida, aunque todos se permitan

observar por dentro su alma y difundir sin autorización sus ideas, utiliza el lenguaje como caparazón, tras el que se escuda, en vez usarlo como antena. En cada ventana de su inhóspito domicilio intenta crear un diálogo ficticio consigo mismo que oscurezca y defienda su intimidad.

A veces el esfuerzo del psicótico triunfa y consigue convertir las ventanas de las voces en auténticas troneras. En este caso el esquizofrénico vive en un castillo inexpugnable y sólido por cuyas rendijas lanza sus flechas contra la sociedad. Las voces en ese caso representan una suerte de venganza mutua: la del loco, que muestra su desprecio por todos, y la de los demás, que puesto que no le pueden retirar el agua y el alimento al loco habitante de la fortaleza, le atacan con fenómenos sutiles e invisibles que atraviesan los muros y llegan al tímpano más lejano y rebelde. El psicótico, en su denodado esfuerzo, puede llegar a controlar la hostilidad impúdica de las voces, pero entonces sucumbe ante el poder de la magia, los ordenadores o la electricidad. La física, en este caso, ocupa el lugar del lenguaje y cosifica todo lo que encuentra. Un loco es un sujeto esquivo y materializado. Y a menudo el psiquiatra, con su inveterada torpeza, le vuelve más huidizo y corporal.

Las voces suelen ser ilustradoras y amigas de enseñar. Ayudan con sus ocurrencias a delirar. Alguno de los más conocidos giros de Schreber se los atribuye a las voces: así sucede con las *antesalas del cielo*, la *conexión nerviosa*, los *hombres hechos a la ligera*. «Se trata de expresiones que yo jamás habría

sido capaz de formular por mí mismo y que nunca había escuchado de labios humanos. Tienen a veces naturaleza científica, y más concretamente médica, pero ignoro si son de uso corriente en las respectivas especialidades humanas». Schreber aprende de las voces a delirar. Nos lo comunica para que lo tengamos en cuenta cuando hablemos con los psicóticos y renunciemos a interpretar su pensamiento. Lo dice para que aprendamos a respetar a los enfermos, declinando nuestra ambición de conocerlos tal y como son.

Los ruidos acompañan, preceden o suceden a las voces. Los ruidos son la voz de las cosas. Una voz muda que sin embargo contiene un único mensaje inequívoco: que están provocados. Los ruidos no solo molestan sino que hostigan al psicótico. Los ruidos son el rumor de la locura que precede a los aullidos de la angustia y al entramado acústico del delirio. El ruido está producido por la materia de la palabra, por el significante, cuando empieza a deshacerse el lenguaje. Las palabras se vuelven cosas en el momento del desencadenamiento psicótico y comienzan a tener voz por sí mismas, en vez de ser el vehículo del lenguaje. Hablan por sí y para sí. Se desprenden del interlocutor que, de inmediato, desprovisto del bálsamo del discurso que le procuramos, se erige en un enemigo perseguidor.

Las voces son una especie de llave maestra que abre la cabeza de los enfermos de par en par. La persona que oye voces experimenta a la vez una transparencia especial en su pensamiento. Las ideas ya no son gobernadas por uno mismo sino que entran y salen

de la cabeza al dictado de los demás. La piedra de la locura es de cristal. Las voces recorren las cortinas de la intimidad y dejan el interior expuesto a la curiosidad y la manipulación de cualquiera. Por ello las voces siempre son impuestas y le cuesta mucho al psicótico volver a coger el pulso de este acontecimiento para protegerse tras él, pues como el Fénix solo resurge de sus propias cenizas. A veces no encuentra otro remedio que el de la música o de un sonido superior y más fuerte, emitido por él mismo o provocado artificialmente. Los locos pueden ser silenciosos o estridentes.

Las voces conminan a pensar. El esquizofrénico no puede dejar de pensar. No de modo obsesivo, en una lucha amarga y compulsiva de la que se siente esclavo y sin recursos suficientes para escapar, ni tampoco de modo reflexivo a la búsqueda de que el orden de las ideas se acomode a la realidad. El que oye voces piensa por pensar, por estricta necesidad de no dejar la mente en blanco, expuesta a la observación y manipulación ajena. Las ideas son su única máscara en el carnaval heroico de la locura. Los locos testimonian a la perfección la idea de que, además de pensar para conocer la realidad, podemos pensar para rellenar la cabeza y evitar que gravite vacua y sin consistencia. En la antigua navegación a vela, la carga bien estibada equilibraba mejor el navío, por lo que en muchos viajes de vuelta se llenaba de piedras la sentina. Y lo mismo sucede con la cabeza, que lo que más teme y le hace sufrir es quedarse vacía de ideas. Prefiere pensar cosas absurdas, como lastre de la razón, que tener la cabeza hueca.

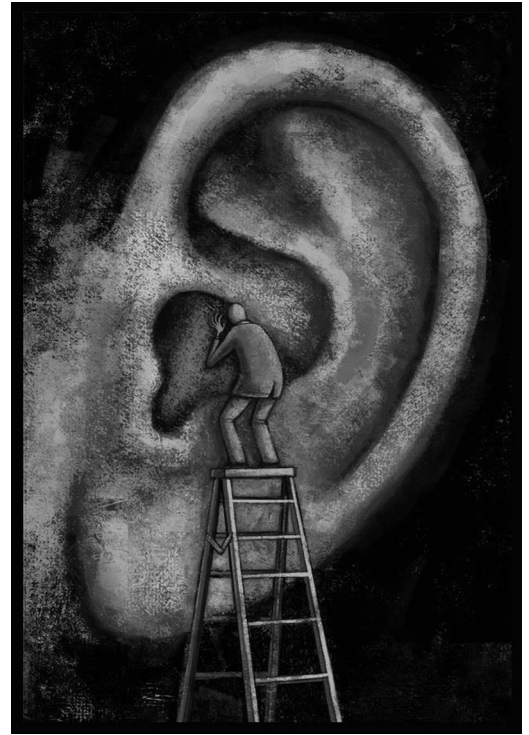
Las voces son una especie de llave maestra que abre la cabeza de los enfermos de par en par.

Las voces esquizofrénicas han ocupado el espacio de los ángeles y demonios que hacían de intermediarios con la irrealidad y el más allá.

¿Y si estas voces espirituales provinieran directamente del cerebro, sin otros condicionamientos personales? Entonces probablemente seríamos animales.

Las voces esquizofrénicas han ocupado el espacio de los ángeles y demonios que hacían de intermediarios con la irrealidad y el más allá. Desplazados por la razón y el agnosticismo, la conciencia, aún no preparada para ese vacío y para bastarse por sí misma según el lema kantiano que define la Ilustración, echó mano de las certezas delirantes y de las voces alucinatorias cuando, atragantada de libertad, ya no podía con tanta emancipación. A los hombres nos resulta aún muy difícil vivir en la incredulidad. Si miramos al cielo con detenimiento nos crece un dios, y si lo hacemos al suelo con concentración pronto descubrimos un enemigo. Las voces son la respuesta inteligente de la locura a la soledad del hombre ilustrado. No era tan fácil de soportar la prometedora razón del ciudadano.

Todas las voces esquizofrénicas son voces de amor y desamparo. Nacen de una situación de desvalimiento que reproduce el abandono original. Compiten contra una pérdida irreparable que intentan sofocar a fuerza de un parloteo incesante. Hasta las voces más denigrantes y difamatorias encubren un hambre canina de amor y de alimentos de ternura. La ternura es el antídoto más potente contra la voz. Si hubiera llegado a tiempo se mostraría más eficaz que el haloperidol. Pero la ternura sufre un retraso irreparable. Definida como la semilla de una sonrisa que da el fruto de una lágrima, su ausencia le impide al psicótico enlazar el cuerpo y el alma en una unión que disuelva la oposición de los contrarios y suelde la división del sujeto para toda la vida. Por el fracaso de los besos y las caricias el psicótico se ve abo-



Alucinación-auditiva 3bp.blogpot.com

cado a oír en su cabeza murmullos, frases e inquinas.

¿Y si estas voces espirituales provinieran directamente del cerebro, sin otros condicionamientos personales? Entonces probablemente seríamos animales. Bestias pacíficas o rabiosas pero meramente orgánicas, sin componente espiritual. Instintivas pero sin lenguaje, a lo sumo con graznidos verbales. Las palabras existen no porque el cerebro las emita sino porque alguien tira de ellas con el deseo de escucharlas. Sin esta llamada no hay lengua posible ni habla. Cuando el otro se eclipsa es cuando nos volvemos máquinas. Este es el único motivo que justifica el estudio etiológico de las psicosis. Solo porque la causa es inicialmente psíquica cabe el estudio físico posterior, dado que la

identidad del esquizofrénico se va pareciendo cada vez más a un organismo antes que a un sujeto.

En los *Sucesos memorables de un enfermo de los nervios*, el famoso relato memorístico de Schreber, el célebre psicótico alude a las voces en ciento sesenta y cuatro ocasiones. Tamaña profusión nos revela la importancia que representan para él estos fenómenos, que es como decir que los son sin excepción para todos los psicóticos, pues Schreber ejerce de príncipe moderno de la locura, de genio incomparable del delirio. Toca todas las teclas y encuentra con soltura inaudita toda la panoplia del pensamiento delirante. Schreber, además, describe con precisión incomparable el doble aspecto que encarnan las voces, pues unas veces reconoce que son informativas y proporcionan sentido al delirio con sus revelaciones, mientras que en otras ocasiones solo muestran un aspecto molesto e hiriente. En el primer caso las considera como «un puro absurdo acompañado de injurias», y en el segundo las califica de «cháchara monótona e insoportable».

En realidad, las voces siempre son dobles. Como lo es en sí toda la experiencia psicótica. Unas veces son amables y otras hostiles. Tan pronto serenan y nutren el mundo interior de suficiente lenguaje, imprescindible para el bienestar, como resultan enemigas, insultantes o difamatorias. Unas veces están llenas de contenido reconocible, capaz de forjar un esbozo de discurso, y otras se muestran mudas, ruidosas y huecas. En el primer caso son narrativas y textuales, y en el segundo se revelan, en términos de Clérambault, *atemáticas* y *ani-*

déicas. También son dobles en cuanto a su naturaleza y origen. Se aprecia bien cuando el delirante, apremiado por nuestras razones, admite que sus voces proceden de la enfermedad y son una suerte de engaño o ilusión, pues inmediatamente aclara, como desdiciéndose, que hay otras que son verdaderas y suceden en el ámbito más exigente de la realidad. Se le lleve donde se le lleve con nuestro afán de psicoeducación y crítica, el psicótico desdobra su experiencia y la reparte en una estrictamente para él y otra que nos cede. En una delirante y otra real. En una *verdadera* y otra convencional.

Originalmente, las voces, antes de que se vuelvan capaces de construir un delirio, son palabras rotas y aisladas que no aciertan a engarzarse en un discurso y permanecen atomizadas, sin capacidad para encadenarse unas con otras. La ley material del lenguaje, que enuncia que todo significativo lo es para otro significativo, se incumple en el caso de las psicosis. Los significantes ya no se unen entre sí y golpean la conciencia del esquizofrénico. Desde ese instante las palabras raspan, hieren y duelen. El valor diferencial de las palabras, que era su único valor constitutivo, se ve sustituido por un valor intrínseco y sustantivo que las inhabilita para el habla. Se convierten en cosas, en piedras desparramadas entre ruinas de frases. Luego viene el lenitivo del delirio, la forja de un lenguaje particular construido con los despojos del lenguaje, que a la postre conduce a una confusión babélica renovada, por ser una lengua individual que no se comunica con nadie, una lengua muda que intenta recuperar el habla, un alfabeto naciente y titubeante que a lo

En realidad, las voces siempre son dobles. Como lo es en sí toda la experiencia psicótica. Unas veces son amables y otras hostiles.

El psicótico desdobra su experiencia y la reparte en una estrictamente para él y otra que nos cede. En una delirante y otra real. En una *verdadera* y otra convencional.

Bastó que Saussure diferenciara entre el significante y el significado, entre el componente semántico y físico de la palabra, para que tuviéramos más claro el sustrato lingüístico de las voces.



http://www.desmotivar.com/desmotivaciones/47346_las_voces_en_mi_cabeza_no_son_reales

sumo permite hablar con uno mismo, no con los demás. En eso consiste delirar.

Bastó que Saussure diferenciara entre el significante y el significado, entre el componente semántico y físico de la palabra, para que tuviéramos más claro el sustrato lingüístico de las voces. De pronto se volvió evidente que las alucinaciones verbales provenían inicialmente del desprendimiento de los significantes. De un doble desprendimiento, uno, el que se produce del resto de los

significantes, que ya no se aplican a encadenarse uno a continuación del siguiente, en esa diacronía nuclear del lenguaje, y, otro, de su separación del significado que pudiera corresponderlos. Las voces de los esquizofrénicos, desde este punto de vista, no son otra cosa que la consecuencia de que el sujeto se dé de bruces con el universo imposible de simbolizar, con lo *Real*. Desde ese momento el mundo se transforma en una amenaza mientras que el hombre sufre la división más profunda y temida que cabe esperar.